

**B**ien cariño, escucha, no sé qué sucedió. ¿Recuerdas que ayer pasé la tarde y parte de la noche contigo? Ya. Entonces bebimos y hablamos; no sé, cerveza y vino. Y ya con media estocada dentro, cuando la felicidad palidece y se torna una sombra depresiva, me reclamaste de cosas de las que ahora no recuerdo ni pito. Seguimos empinando el codo y pinchándonos la vida. Lloraste, el rimel que escurría por tus mejillas a cuenta de las lágrimas, desdibujaba tus lindos ojos oscuros, infligiéndoles un dramatismo hermoso. Traté de calmarte pero mis esfuerzos resultaron inútiles; habíamos abierto una puerta malsana, estábamos ebrios. El alcohol suele abrir fétidas cloacas de nuestras almas enfermas; entonces nos desbordamos tirándonos mierda los unos a los otros. —¡Soy una idiota por estar aquí contigo!— gritaste haciendo un gesto agrio. Y tornando la cabeza hacia atrás, la clavaste gravemente en uno de tus hombros y lloraste desconsolada. Después de un instante, cesó el lagrimeo, te limpiaste las mejillas, me miraste con rabia y masticaste una maldición entre los dientes. Te acercaste hasta mí silla, ¿cierto? —Agárrame las tetas— soplaste suavemente suplicante. Te prendí de la cintura y clavé mi cara entre tus pechos y pase mi boca suavemente por encima de tu blusa; los botones se irguieron de inmediato. Aun gimoteando desabrochaste tu blusa y el brasier, y las tetas desnudas, con su botón salvajemente turgente, se mecieron en el aire. Me las

ofreciste como se ofrecen los frutos en el mercado; los pezones eran un par de oscuras y dulces uvas maduras, y como la tarde me había puesto hambriento, comí de ellas. Las acaricié entre mis manos como se acarician los panes recién hechos, y perdido en ese placer, mordí groseramente una de ellas. —¡Ah maldito!— chillaste. Me prendiste de los cabellos enfurecida y me llevaste tambaleándome hasta el sillón donde me echaste. Caí boca abajo. —Voltéate cabrón— ordenaste con un obscuro resoplido. ¡Zá! Tu mano hurgándome los huevox. Bajaste rápida y torpemente el cierre de mí bragueta y de un bocado me comiste la verga. —¡Por la puta virgen!— Pensé que me la arrancarías de una maldita mordida cariño. Pero no, sólo fue placer, sólo bendito placer. Me lamiste la cabeza por momentos, con tu lengua suave y borracha; después te la tragabas toda, despacio, hasta rozar tu garganta, y ya toda dentro, movías la boca como un pez agonizante. Y estaba tan dentro, que cuando movías tus labios suavemente, el inferior acariciaba la epidermis de mis huevox. —¡Dios santo, eternízame en el suplicio!— Pero después creció y se puso más dura y más gorda, entonces ya no pudiste repetir esa dosis de agonía —¡coño de madre!— Te levantaste y con cierto gesto animal te pusiste a cuatro patas sobre la piel sintética de borrego que tienes en tu sala. —Métemela por atrás cariño— dijiste suavemente. Levanté tu falda hasta la cintura, te jugué las carnosas nalgas —¡ah dulce delirio!—, las apreté, las besé y les di pequeños mordiscos, después las flagelé. —¡Vamos malditas!— susurré ahogadamente detrás de tu culo, y solté un delirante discurso. Lo hurgué con la punta de la lengua. Soltaste un gemido, tus nalgas se elevaron prodigiosamente, alertas y rojas, dejando ver tu coño abierto y mojado. Tomé una nalga por mano, las abrí, y te la fui metiendo despacio hasta la mitad del tronco; me mecía un poco y después embesecía con fuerza hasta dentro. —Así cabrón, así— rezabas con piadoso temblor. Y a pesar de que la luz era tenue, menuda, alcanzaba a advertir mientras empujaba, el nudo obscuro entre tus nalgas y te lo jugué un poco. Entonces por instinto

venéreo saqué mi verga de tu coño y enterré otra vez mi lengua en ese nudo, como un hambriento oso hormiguero. —¡Nooooo!— suplicaste mientras retorcías la cintura, moviendo tu manzana para todos lados; y por momentos apretabas el culo para resguardarlo y otras lo abrías arbitrariamente para que mi lengua entrara en lo más profundo. Hubo entonces un momento de calma y empecé a lamer tu coño que se ofrecía abierto y te la metí otra vez. Humecté uno de mis dedos y te lo metí en el botón obscuro. ¿Te acuerdas, no? Entonces lo movía ahí dentro y seguía empujando, hasta que vertí toda mi leche por tu paloma. Te desplomaste después de la última gota, yo caí a tu lado y cuando aún estaba en la sobremesa del placer, importándote un pedazo de mierda, te diste vuelta y masticaste violentamente —ven aquí cabroncito—. Me tomaste rabiosa y caliente del pelo de la nuca, abriste las piernas, y con los dedos de la otra mano corriste los labios del coño, como se corren las cortinas para que entre la luz, mostrándome el clítoris enhiesto y metiste mi cabeza ahí para que te lo comiera. Sacudías violentamente mi cabeza contra tu protuberancia, mientras te movías como serpiente. Enloquecido, te mordí el clítoris y chillaste, me sacaste de entre tus piernas y me diste una bofetada —¡maldito puerco!— y nuevamente abriste las carnes de tu coño y clavaste mi cara. Entonces pasé la lengua suavemente, tu temblabas y gemías —¡no mames, noooo mames!— hasta que tu cadera se contorsionó como un loco sometido a una serie de electro shocks; —¡me estoy viniendo, no mames, virgen santa!—. Me soltaste poco a poco del pelo, yo me quedé un poco más entre tus piernas. Nos quedamos tumbados un rato más sobre la piel sintética de borrego; bebimos otras cuantas casi sin hablar, sólo nos mirábamos a los ojos y nos acariciábamos amorosamente tristes.

Me vestí. Creo que eran las dos o de tres la mañana. Te besé y salí. Las piernas me temblaban terriblemente al bajar la escalera y estuve a punto de caer. El taxi que abordé venía de reversa —por supuesto que de eso no recuerdas nada ni tienes noticia—. Bien. Quedó frente a mí, el conductor abrió

la puerta y dijo —adelante, señor—. Subí y arrancó. No recuerdo haberle indicado hacia dónde iba. Estaba cansado, tenía sueño y los párpados me pesaban terriblemente, pero traté de mantener los ojos abiertos. Después de unos minutos se detuvo y me dijo mirando por el retrovisor —servido, señor—. ¡Y sí, maldita sea, estaba justo enfrente del portal donde vivía! Pagué al conductor del cual no recuerdo en lo más mínimo su rostro y enseguida retomó su marcha. Aunque ahora, a cierta distancia temporal, tampoco recuerdo si lo hizo en reversa o en forma habitual. Yo me tambalee sobre la banqueta como una vulnerable hoja invernal movida por el viento. Encendí un cigarro y di una buena calada. Estaba hasta el puto culo de alcohol; hasta las malditas orejas. Busqué mis llaves. Pasaron unos borrachos junto a mí y al parecer dijeron algo. Yo tiré un escupitajo contra el piso y con desprecio. Crucé la calle a tumbos; a paso marino como suele decirse. Abrí la puerta, y extrañamente, el patio parecía más largo que de costumbre; infinitamente largo. Caminé buscando mi cuarto con las piernas ateridas y sin fuerza; la cabeza intrincada de alcohol y algo pesada, colgaba entre mis hombros. Caminé un trecho y otro, ¡coño! eso parecía interminable y el patio en realidad no era tan largo, medía no más de cuarenta metros. Y puedo corroborar que es cierto lo que digo respecto a la distancia, ya que la administradora, una mujer flaca, agria y quisquillosa, había puesto un letrero en el portón que rezaba: “MANTENGAMOS LIMPIO, SÓLO CUARENTA METROS DE PATIO, NI UN CENTIMETRO MÁS NI UN CENTIMETRO MENOS”. Yo vivía en él número seis, que estaba a la altura de medio patio y no daba con él. Eso me desesperó un poco y un vacío crecía lento en la oquedad de mi cráneo, así que algo asustado llamé a una puerta vecina, a ver si alguien me podría decir qué coños estaba pasando. Abrió un viejo que no había visto nunca antes. Estaba en calzoncillos y su cara estaba más pálida que un culo muerto. —No sé nada— farfulló enfadado, antes de que yo le preguntara y azotó la puerta contra mi nariz enrojecida. Otra vez me encontré solo,

ante la desolación de ese inmenso espacio con una puerta cerrada frente a mis narices enrojecidas. Y me dije, para no desesperar, que yo era el número seis, ¡sí el seis! Y para ser el número seis ya había caminado demasiado, lo juro. Así que di vuelta hacia el portón que ahora estaba lejano, eternamente lejano... aunque a decir verdad, no sé por qué te estoy contando todo esto.

Te besé y salí. Las piernas me temblaban terriblemente al bajar la escalera y estuve a punto de caer.